

Muchos de esos Judíos, demasiado patriotas para solidarizarse con gentes de otras razas, han intentado crearse una patria material, con leyes especiales y fronteras. ¿Y qué país puede convenir para patria de los Judíos sino la misma Judea, la «tierra de Promisión», donde existió el templo de Salomón y donde cada roca, cada plantación de olivos, cada fuente lleva un nombre sagrado? Verdad es que esa tierra santa no está á su disposición y para entrar en ella es necesario pedir autorización á un amo extranjero, á un hombre de religión enemiga, pero ¡quién sabe! ¿no son el Pueblo del milagro, y el Señor que les guía no tiene ya la fuerza de su brazo?

En todo tiempo, desde la dispersión de los Judíos por los ejércitos romanos, Palestina conservó algunos residentes de la antigua nación, fanáticos ocultos en las cavernas ó en las ruinas, ó desgraciados que viven de la rapiña y de la mendicidad. Gracias al restablecimiento de un régimen de paz entre los cultos, el número de los Israelitas atraídos á la madre patria por la fascinación del santo lugar, había llegado á ser considerable. A la mitad del siglo XIX, se contaban unos veinte mil en Jerusalem, cerca del doble en toda la antigua Tierra Santa. Pero la mayoría de esos Judíos sólo eran parásitos que imaginaban que sus plegarias les daban el derecho de vivir á expensas de los fieles del mundo entero, y reclamaban como una deuda la *chaluka*, ó sea el presupuesto de beneficencia y de piedad recogido en las ciudades de Europa, y cuando unos innovadores pensaron en utilizar ese presupuesto para excitar al trabajo, no para facilitar la pereza, el santo populacho lanzó gritos de indignación.

Otras dos clases de Judíos se opusieron á la idea de una restauración del pueblo de Israel por la emigración á Palestina: los Judíos completamente europeizados, que no hablan hebreo, que hasta ignoran la jerga judeo-germana y que no piensan en judío, y los «Piadosos» por excelencia, los Khassidims, que no quieren de ningún modo reconocer en su «Tierra Santa» el feudo de un dueño impío, y que no entrarán en el país que les dió el Eterno más que bajo la dirección de su Mesías, el Juez de Vivos y Muertos. De esos contrarios, los unos no son ya verdaderos Judíos, los otros lo son acérrimos y se niegan á acomodarse cobardemente al mundo tal como le han hecho los Gentiles. Pero entre los dos partidos ex-

TARIFAS ADUANERAS Y CABLES SUB-MARINOS

(según J. Bartholomew)



Relación media entre los derechos de Aduanas
y el valor de las mercancías importadas.

Menos de 5% 5 à 10% 10 à 20% 20 à 30% Más de 30%

Escala media 1:125 000 000

0 1000 5000 10000 Kil

— Cables pertenecientes à Compañías Inglesas
à otras Compañías.

— Mares impracticables 6 meses al año.
— Mares siempre libres de hielo.

tremos hay sitio para los «oportunistas» que aceptan entrar en la tierra de los abuelos pidiendo la protección del Sultán, haciéndose clientes de los cónsules europeos. Además se trata aquí de un experimento económico del más alto interés. ¿Será verdad que los Judíos, dedicados hereditariamente á la reventa, al pequeño comercio, al manejo de los metales, se hayan incapacitado para la industria de los antepasados, cultivar los campos y cuidar la viña y el olivar? Se había negado que esta transformación fuera posible, pero unos Judíos han probado con su ejemplo que pueden renovar la tradición saltando las edades: tal es la causa que ha dado lugar á la fundación de colonias agrícolas alrededor de Jaffa, en Galilea, y aun al otro lado del Jordán.

El movimiento comenzó por la compra de un huerto á expensas de un millonario judío. Después la Alianza israelita universal fundó en 1860 una escuela de agricultura, y varios potentados de la banca, entre otros aquel á quien algunos políticos tontos atribuyeron la ambición de comprar la Palestina al Sultán para constituirse allí un reino, compraron terrenos de cultivo en los sitios más favorables. En 1891 existían ya veinticuatro colonias judías, con una superficie de 25,000 hectáreas, en Palestina; 2,000 agricultores israelitas trabajaban en ellas, empleando además la mano de obra indígena. Algunos de esos establecimientos gozaban de una prosperidad positiva y el problema estaba resuelto, sobre todo para los colonos inteligentes salidos de las universidades rusas que se proponían en la explotación del suelo una obra verdaderamente científica. Actualmente, todas las colonias sionistas, excepto una, están establecidas sobre el principio de la propiedad individual.

Experimentos de ese mismo género se habían hecho ya en Macedonia. Víctor Bérard, en su libro del *Helenismo Contemporáneo*, habla de la comunidad judía de Kastoria, que, bajo la presión de las circunstancias, á consecuencia de un cambio de dirección en las vías comerciales de Salónica, hubo de ocuparse de la explotación directa de las tierras que el juego de los intereses le había proporcionado. Pero el cultivo á que se dedican los Israelitas de Kastoria, de procedencia española como los de Salónica, es principalmente la industria hortícola y frutal, trabajos que necesitan más método y cuidados minuciosos que los de la agricultura propiamente dicha: puede decirse de esos Judíos que en su nuevo oficio perma-

necen artesanos¹. Asimismo, las colonias de emigrantes judíos, á las que se han dado tierras considerables en Vineland, en la península de New-Jersey, que limita al Sud la bahía del Delaware, se han hecho famosas en los mercados de las grandes ciudades inmediatas por la excelencia de sus fresas, grosellas, mirtilos y otras bayas: miles de familias judías se ocupan en el distrito de esta especie de horticultura, que casi podría compararse por la preciosidad del tra-



Cl. Kuhn, París.

LONDRES — EL ROYAL EXCHANGE

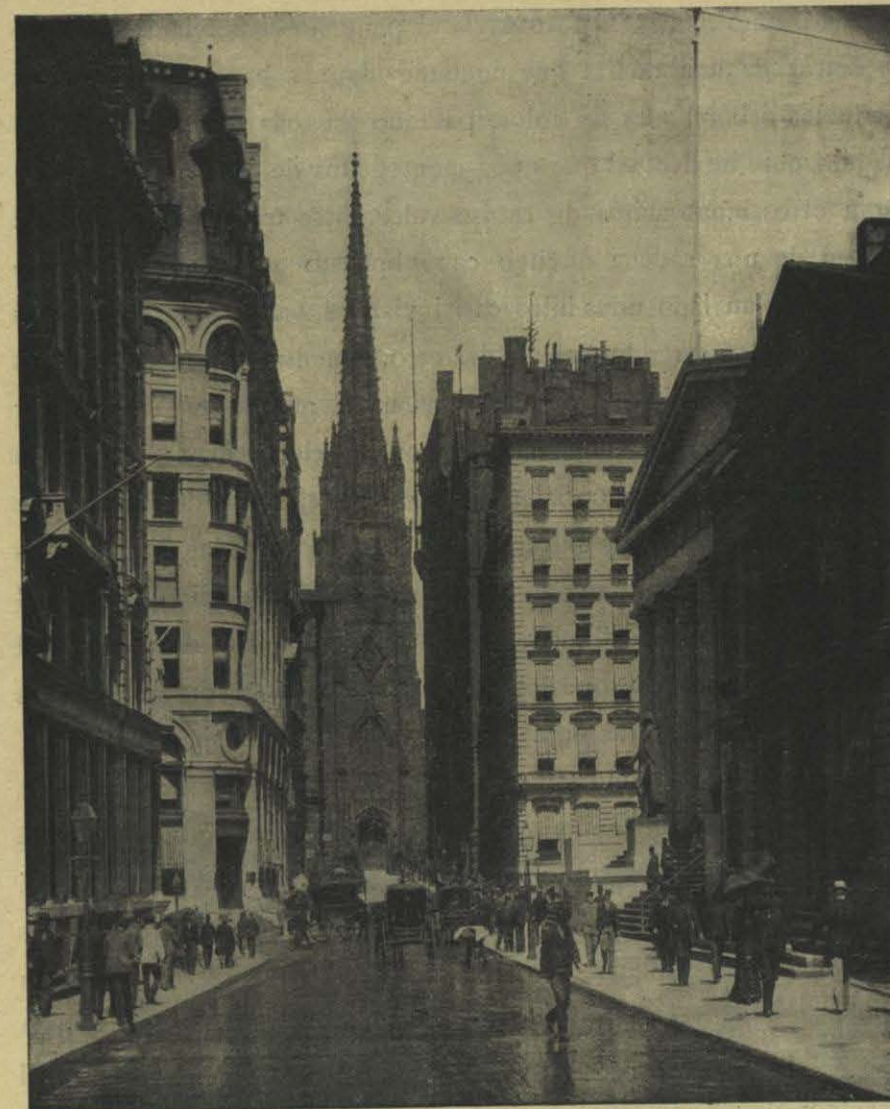
Á izquierda, el Banco; á derecha, Mansion House.

bajo, á otra industria israelita, la de las alhajas. Las mismas observaciones se han hecho respecto de las colonias de refugiados semitas recientemente establecidas en la República Argentina.

Así la sociedad actual, en sus movimientos de rápida transformación, presenta todavía las supervivencias de las antiguas formas de industria y de comercio. Todas las prácticas seculares de producción, de ejecución y de cambio subsisten todavía en diversas comarcas, y muy probablemente se hallaría aún al margen de algún bosque sombrío ó sobre las playas de una isla lejana aquel trueque

¹ Victor Bérard, *La Turquie et l'Hellénisme contemporain*, p. 320.

extraño de productos que se hacía entre enemigos, ocultándose los unos de los otros durante la noche: los productores depositaban sus objetos de venta en un lugar visible, y á la noche siguiente venían



Cl. Kuhn, París.

NEW-YORK — WALL STREET

á buscar lo que los compradores habían puesto en su lugar. Quizá haya desaparecido la costumbre de la isla de Ceylán, antiguamente el lugar clásico mencionado en las obras de economía política; pero si los Veddahs han llegado á las prácticas usuales de la venta y de la compra por la influencia de las poblaciones que les rodean por todas partes, Hindus y Dravidios, Europeos de Holanda, de Inglaterra ó de Escocia, algunos enanos tímidos de los bosques africanos

tienen todavía demasiada conciencia del mundo de imágenes y de impresiones que les separa de los demás hombres de rostro negro para que osen operar libremente sus cambios con ellos: la naturaleza humana continúa reteniéndoles en el terror primitivo.

Del mismo modo existe todavía el pequeño comerciante en cuclillas detrás de una tablita que contiene algunas bananas, almendras, cacahuetes ó bombones de color, pasando así toda una existencia sin más horizonte intelectual que unos montoncitos de céntimos que reemplazan otros montoncitos de escaso valor. Ese tráfico ínfimo está al extremo de una cadena á cuyo cabo opuesto se halla el comercio mundial: de un lado unos hilos casi invisibles, van á parar á los más humildes de los seres humanos; del otro, inmensas y poderosas redes abarcan pueblos enteros y se extienden de minuto en minuto por medio de las fuerzas que dan el vapor, la electricidad y todos los descubrimientos en que trabajan sin cesar los ejércitos de físicos y de químicos. Entre esos dos extremos se presentan todas las formas intermediarias en un caos aparente, bajo el cual se halla no sin dificultad el orden que comienza á dibujarse por debajo. La falta de solidaridad en los intereses es tal, que las clases han llegado á desear las unas la desgracia de las otras para obtener pequeñas ventajas relativas.

No solamente la humanidad está dividida en naciones enemigas que ven en el odio un sentimiento patriótico; cada nación se subdivide en cuerpos secundarios que tienen un «espíritu» diferente y hostil. El soldado odia al burgués y éste odia al obrero. El vestido, las ocupaciones, las tradiciones — pero ante todo los intereses — crean rivalidades y ambiciones absolutamente contrarias. Por una ventaja particular se llega hasta desear un desastre público; tal médico, tal enterrador desea epidemias á riesgo de ser arrastrado él mismo por el azote; el militar quiere batallas en que la muerte le acecha; el abogado busca pleitos, y el mercader de alcohol propaga la embriaguez. Los ribereños del mar encargados de conservar y componer los diques de defensa se felicitan cuando una tempestad deteriora las murallas y amenaza anegarles, porque entonces la paga es doble; se les necesita; aumentan en la estimación y en el mercado de los hombres.

Y sin embargo, bajo el hormigueo de los vibriones encarnizados en su inter-destrucción, se siente la tendencia general de las cosas á

fundirse en un cuerpo viviente cuyas partes estén todas en interdependencia recíproca y hasta acabarán por asociar los enemigos, por hacer de cada traficante el repartidor delegado para la distribución de los productos que recibe: organismo al unísono del ritmo universal en el inmenso mecanismo. Por otra parte, los hombres poderosos que creen dirigir el conjunto formidable de los cambios están asociados á millones y millones de individuos que por las condiciones mismas de su existencia determinan las operaciones comerciales á pesar del «libre albedrío» de especulación que se atribuyen los detentadores del capital.

Todo está en vías de componer un cosmos armonioso en que cada célula tendrá su individualidad, su libre trabajo personal, y en que todos engranarán mutuamente, siendo cada uno necesario á la obra de todos. El mecanismo funcionaría si, por una supervivencia todavía soberana, no se creyera cada uno obligado á tener á mano un signo representativo de su derecho al consumo, es decir, la pieza de plata, el disco de metal. Comprar y vender son todavía las contraseñas de los que entran en la vida, pero indicios precursores indican ya que esas palabras serán un día abolidas. La Producción libre y la Distribución equitativa para todos, tal es la resolución que exigimos al porvenir.

